La ciencia y la guerra

MARCOS PÉREZ

A pesar de lo que parece, la guerra no es un festejo que comience con el chupinazo de la primera bomba y acabe con la traca final de la última salva de mortero. La guerra empieza mucho antes, cuando alguien la decide, la planifica y hace las cuentas de lo que le va a costar. También acaba mucho después, porque la gente sigue muriendo durante meses a causa del hambre, la pobreza, la enfermedad y las heridas que causa. Por eso, porque no ha terminado todavía, sigue siendo necesario hablar de la guerra de Irak, desentrañando por ejemplo el papel que juega la ciencia, y en particular los avances tecnológicos, en la forma en que se hace y se presenta la guerra.

En los días previos al comienzo de los bombardeos y durante las primeras fases de la guerra, los medios de comunicación se hicieron eco del sofisticado arsenal a disposición de las fuerzas angloamericanas. Misiles guiados por láser, aviones teledirigidos, bombas capaces de inutilizar aparatos electrónicos, conexión a Internet en el campo de batalla y gafas de visión nocturna de última generación parecían garantizar una guerra rápida, eficaz y sin apenas víctimas civiles. Sin embargo, esa misma tecnología también permitía a los reporteros retransmitir en directo la primitiva realidad de la muerte bajo las bombas, dejando en evidencia la naturaleza promocional de aquel despliegue tecnológico. Al fin y al cabo, todo publicista sabe que la ciencia, con su aura de precisión y novedad, ayuda a mejorar la imagen de cualquier producto, ya sea un cosmético, un electrodoméstico o la propia guerra. La versión oficial que se nos dio de este conflicto reunía los dos argumentos más poderosos de cualquier anuncio: lo nuevo y lo gratis. Una guerra como nunca antes se había visto. Una guerra sin apenas muertos.

Aunque no es fácil cuantificarlo con exactitud, España dedica al menos el 39% del dinero público disponible para la investigación científica y el desarrollo tecnológico en proyectos militares.

Lo cierto es que desde que nuestros antepasados de la Edad de Bronce comenzaron a fabricar armas de metal, las innovaciones tecnológicas han jugado un papel esencial en la historia de la guerra. El carro de batalla egipcio, las armaduras griegas o la invención de la pólvora son algunos hitos de la tecnología que cambiaron las leyes de la estrategia militar. En el siglo XX, los avances científicos dieron pie al desarrollo de las armas nucleares, cuya enorme capacidad destructiva ha cambiado la naturaleza de las guerras. El informe Franck de 1945 reconocía que "el desarrollo de la potencia nuclear constituye una importante contribución al poder tecnológico y militar de los Estados Unidos, pero al mismo tiempo plantea graves problemas económicos y políticos para el futuro del país", y terminaba desaconsejando el empleo de la bomba atómica contra Japón. De hecho, el *Proyecto Manhattan* en el que cientos de ingenieros y científicos colaboraron para desarrollar esta arma puede considerarse uno de los primeros pasos hacia la aparición de la "gran ciencia", caracterizada por la necesidad de ingentes presupuestos y equipos humanos para la consecución de objetivos científicos tan ambiciosos como viajar a la Luna o desvelar los secretos del genoma humano.

Finalmente, este comentario no puede terminar sin hacer una referencia a la importancia que nuestro país concede a la investigación militar. Aunque no es fácil cuantificarlo con exactitud, España dedica al menos el 39% del dinero público disponible para la investigación científica y el desarrollo tecnológico a proyectos militares. Esta proporción es comparable a la inversión de Inglaterra (37%) o Francia (25%) y muy superior a la de Alemania (9%) o Japón (4%). La situación es todavía más grave si tenemos en cuenta que en estos países la financiación pública no constituye una parte tan importante del dinero total de la ciencia como en España.

Quizá por ello son hoy más necesarias que nunca iniciativas como la de la Fundación por la Paz, con una campaña para denunciar inversiones que "no tienen utilidad social, fomentan las guerras y la carrera armamentística y consumen recursos en detrimento de la investigación civil". ■

Página web de la Fundación por la Paz / Fundació per la Pau *(http://www.fundacioperlapau.org). (Fundación por la Paz)*